

LA METAFÍSICA COMO PROBLEMA LINGÜÍSTICO Y GRAMATICAL EN NIETZSCHE

METAPHYSICS AS A LINGUISTIC AND GRAMMATICAL
PROBLEM IN NIETZSCHE

Pablo Frontela Asensio
Universidad de Valladolid

Resumen: *El estudio de la metafísica es un problema fundamental en la filosofía de Nietzsche. La deconstrucción de la misma termina por mostrar la falaz constitución del mundo ideal que se había alzado como horizonte formal prescriptivo. En la crítica nietzscheana de la verdad de la tradición occidental, el lenguaje tiene un rol determinante. Sobre él se asienta la longeva idealidad metafísica, pues teje las estructuras sintácticas de los mecanismos lógicos de esta determinada forma del pensamiento. La crítica del lenguaje es la crítica de la formalización metafísica del mundo. La denuncia de los conceptos como entidades colmadas de significado inmanente los revela como metáforas empleables para la creación del complejo universo humano, el cual, emancipado de la significación metafísica ulterior, es ahora conjugado de acuerdo con otras nuevas reglas gramaticales, de cuño trágico. La recuperación del olvidado cariz metafórico del lenguaje y de la esencial condición del hombre como ser metafórico abre la dimensión existencial a un nuevo horizonte perspectivista.*

Palabras clave: *Gramática, metafísica, metáfora, olvido, verdad, mentira, perspectiva, concepto.*

Abstract: *The study of metaphysics is a fundamental problem in Nietzsche's philosophy. The deconstruction thereof ends by showing the fallacious constitution of the ideal world that had risen as a prescriptive formal horizon. Along Nietzsche's critique of truth in the Western tradition, language has a determining role. The long-lived*

metaphysical ideality is based on it, since it weaves the syntactic structures of the logical mechanisms of this determined form of thought. The critique of language is the critique of the metaphysical formalization of the world. The denunciation of concepts as entities filled with immanent meaning reveals them as employable metaphors for the creation of the complex human universe, which, emancipated from any subsequent metaphysical significance, is now conjugated according to other new grammatical rules, of tragic taste. The recovery of this forgotten metaphorical aspect of language and of the essential condition of man as a metaphoric being opens up the existential dimension to a new perspectivist horizon.

Keywords: *Grammar, metaphysics, metaphor, forgetting, truth, lie, concept, perspective.*

I. A PROPÓSITO DE LA FUERZA ONTOLÓGICA DEL LENGUAJE: VERDAD Y MENTIRA

La filosofía del lenguaje del siglo xx tuvo un importante desarrollo que ahondó de manera novedosa en las relaciones entre el lenguaje como vehículo del pensamiento y el mundo. Es paradigmática al respecto la reflexión del primer Wittgenstein, quien en el *Tractatus* perfila un posicionamiento cargado de una portentosa fuerza ontológica sin precedentes: «la figura lógica de los hechos es el pensamiento»¹, resultando en que «el pensamiento contiene la posibilidad del estado de cosas que piensa. Lo que es pensable es también posible»² en tanto que «no podemos pensar nada ilógico»³. Kenny ha destacado, valiéndose de la definición del pensamiento como pintura lógica de los hechos, que los planteamientos del *Tractatus* terminan conllevando un psicologismo estricto que finalmente supera sus propias capacidades⁴:

Toda pintura, desde luego, es una pintura lógica; pero los pensamientos son pinturas lógicas par *excellence*, puesto que la estructura lógica es el *todo* de su forma pictórica. Si eliminamos la lógica, las pinturas lógicas son imposibles, de modo que el pensamiento no puede representar algo que contradiga las leyes de la lógica [...]. Pero el pensamiento no puede representar la lógica como tampoco puede representar la ilogicidad, porque ninguna pintura puede pintar su forma pictórica, y la lógica es la forma pictórica del pensamiento⁵.

¹ L. WITTGENSTEIN, *Tractatus Logico-Philosophicus*, § 3, trad. de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera, Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 29.

² *Ibid.* § 3.02.

³ *Ibid.* § 3.03.

⁴ Cfr. A. KENNY, *Wittgenstein*, trad. de Alfredo Deaño, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 59-72.

⁵ *Ibid.* pp. 62-63.

Con todo, Kenny incide en la vinculación esencial entre aquello pensado y lo verbalizado, uno y lo mismo dentro del psicologismo fuerte de Wittgenstein. Guardan el lenguaje y el mundo una relación de identidad reflexiva: el uno crea al otro. En definitiva, la caracterización de la verdad como adecuación.

También Nietzsche concederá al lenguaje un rol determinante en la ontología del mundo, mas desde una estrategia distinta, radicalmente contraria respecto de las posiciones psicologistas y logicistas. También lo concibe como un hito crucial en la historia de la verdad, más precisamente a lo largo de la creación de la pretensión de verdad. La novedad del pensador decimonónico descansa en el concepto de «creación», que le confiere una esencial cualidad artística en detrimento de la lógica, distintiva ésta del criterio de adecuación. La condición cifrada por Nietzsche entiende que en el proceso de configuración de la verdad se fija primeramente qué habrá de ser tomado por verdad. Lo que significa que «se ha inventado una designación de las cosas uniformemente válida y obligatoria, y el poder legislativo del lenguaje proporciona también las primeras leyes de verdad»⁶. Unas leyes bajo las cuales subyace la fundamental dicotomía de la verdad y la mentira, así como el carácter ficticio del lenguaje⁷. Es la concepción nietzscheana una tal que ha renunciado a las tautologías lingüísticas y conceptuales en favor de una posición que exige trocar «continuamente ilusiones por verdades»⁸. En evidente oposición frente a las tesis wittgensteinianas, Nietzsche rechaza toda posibilidad por parte del lenguaje de apresar el fondo último del mundo⁹. No existe un vínculo íntimo que imbrique el pensamiento y el mundo y viceversa, sino tan sólo la metaforización que construyen los hombres en sus relaciones con las cosas. En suma,

en cualquier caso, el origen del lenguaje no sigue un proceso lógico, y todo el material sobre el que, y a partir del cual, trabaja y construye el hombre de la verdad, el investigador, el filósofo, procede, si no de las nubes, en ningún caso de la esencia de las cosas¹⁰.

⁶ F. NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, trad. de Luis M. Valdés y Teresa Orduña, Madrid, Tecnos, 2007, p. 20.

⁷ *Cfr. ibid.*, p. 25: «¿Qué es entonces la verdad? Una hueste en movimiento de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en resumidas cuentas, una suma de relaciones humanas que han sido realizadas, extrapoladas y adornadas poética y retóricamente y que, después de un prolongado uso, un pueblo considera firmes, canónicas y vinculantes; *las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son*; metáforas que se han vuelto gastadas y sin fuerza sensible, monedas que han pedido su troquelado y no son ahora ya consideradas como monedas, sino como metal». (La cursiva es nuestra).

⁸ *Ibid.* p. 21.

⁹ *Cfr. ibid.* p. 22: «la ‘cosa en sí’ (esto sería justamente la verdad pura, sin consecuencias) es totalmente inalcanzable y no es deseable en absoluto para el creador del lenguaje».

¹⁰ *Ibid.* p. 23.

Las diferencias paradigmáticas entre el psicologismo de Wittgenstein y el cosmos nietzscheano se postulan insalvables. Allí donde para el primero «no podemos pensar nada ilógico»¹¹, siendo incapaz de imaginar un mundo ajeno a los códigos de la lógica, el segundo anula cualquier remisión lógica originaria del lenguaje. Si bien el planteamiento filosófico de Nietzsche ha renunciado a la colonización de la esencia de las cosas, la ontología no se ha visto lastrada, sino transferida a un horizonte en el cual preconizan las capacidades figurativas y metafóricas del propio sujeto. Ha observado al respecto Jesús Conill que «por lo que se refiere al origen, sobresale la concepción del hombre como ‘sujeto creador artístico’, al que es esencial un ‘impulso a la formación de metáforas’»¹².

La advertida capacidad metafórica se corresponde con aquella dimensión estética que en Nietzsche ha sustituido a la gnoseológica. A través de la metáfora tiene lugar la constitución del mundo, como objeto, arreglo a las condiciones del sujeto. La problemática distancia entre el sujeto y el objeto de la epistemología moderna¹³ que pretendía expresar la realidad ‘tal cual’ se difumina en Nietzsche, quien nos arroja a un horizonte lingüístico trágico: integra el dolor de la experiencia de dicha distancia y la asume como aspecto insalvable de la relación borrascosa del sujeto con el mundo.

II. LA VERDAD COMO HIJA DEL OLVIDO

Imbuir el lenguaje de fuerza ontológica revierte en un ciclo reflexivo por el cual éste y el mundo discurren paralelamente. Por consiguiente, Nietzsche abre una experiencia de existencia trágica que pone en cuestión las pretensiones gnoseológicas modernas de ofrecer una descripción isomórfica que vincule estructuralmente las palabras con la esencia del mundo¹⁴. Su esforzada reflexión sobre el lenguaje incide en la inexistencia de una esencia que desvelar, al tiempo que excluye la tentativa de reducir el análisis lingüístico al análisis lógico.

Con todo, el empeño de Nietzsche pasa menos por proponer una hipótesis sobre el origen del lenguaje, tarea recurrente en los modernos, que por rastrear sus pretensiones, a saber, el anhelo de verdad, que retrotrae a un olvido:

Sólo mediante el olvido de este mundo primitivo de metáforas, sólo mediante el endurecimiento y petrificación de un fogoso torrente primordial

¹¹ L. WITTGENSTEIN, *Tractatus Logico-Philosophicus*, § 3.03, op. cit., p. 29.

¹² J. CONILL, *El poder de la mentira*, Madrid, Tecnos, 2007, p. 36.

¹³ Cfr. J. M. CHILLÓN LORENZO, *El pensar y la distancia*, Salamanca, Sígueme, 2016, pp. 75-112.

¹⁴ Cfr. L. WITTGENSTEIN, *Tractatus Logico-Philosophicus*, § 4.021, op. cit., p. 55: «la proposición es una figura de la realidad: pues conozco el estado de cosas representado por ella si comprendo la proposición. Y comprendo la proposición sin que me haya sido explicado su sentido».

compuesto por una masa de imágenes que surgen de la capacidad originaria de la fantasía humana, sólo mediante la invencible creencia en que este sol, esta ventana, esta mesa son una verdad en sí, en resumen: gracias solamente al hecho de que el hombre se olvida de sí mismo como sujeto y, por cierto, como sujeto *artísticamente creador*, vive con cierta calma, seguridad y consecuencia; si pudiera salir, aunque sólo fuese un instante, fuera de los muros de esa creencia que lo tiene prisionero, se terminaría en el acto su «conciencia de sí mismo». Le cuesta trabajo reconocer ante sí mismo que el insecto o el pájaro perciben otro mundo completamente diferente al del hombre y que la cuestión de cuál de las dos percepciones del mundo es la correcta carece totalmente de sentido, ya que para decidir sobre ello tendríamos que medir con la medida de la *percepción correcta*, es decir, con una medida *de la que no se dispone*¹⁵.

Y es que «el concepto hoja se ha formado al abandonar de manera arbitraria esas diferencias individuales, al olvidar las notas distintivas, con lo cual se suscita [...] una especie de arquetipo primigenio»¹⁶. Pues, en definitiva, «solamente mediante el olvido puede el hombre alguna vez llegar a imaginarse que está en posesión de una ‘verdad’»¹⁷. ¿Olvido de qué?

El anhelo de verdad comienza con el olvido del rasgo metafórico del lenguaje, por medio del cual se procuraba una suerte de salida a la imposibilidad de acceder a las cosas en sí. La crítica del lenguaje, de la *gramática* occidental que ha olvidado su cariz metafórico se convierte en Nietzsche en la crítica de la verdad como adecuación, esto es, la crítica de la metafísica. En tanto metafórico, el lenguaje es una actividad artística: por la construcción de metáforas el hombre se apropia del mundo y le imprime sentido. En el lenguaje se concreta la exigencia del «Ensayo de autocrítica» de *El nacimiento de la tragedia*: subordinarlo todo a la óptica del artista. El hombre es artista toda vez que desde su capacidad metafórica confiere significado al mundo, un significado que no es ya epistémico, sino trágico. Desde la máxima del «Ensayo de autocrítica» la pretensión de verdad, entendida como la búsqueda del isomorfismo entre las palabras y la esencia del mundo, desaparece. Dentro del paradigma trágico «la vida tiene necesidad de ilusiones»¹⁸, necesidad de afirmar su condición ficticia, no esencial.

Existe también en Nietzsche la dupla pensamiento-lenguaje y mundo, aunque en caracteres relativizados: toda vez que el lenguaje configura la imagen del mundo, habrá tantas concepciones de la existencia como gramáticas, o sea, como formas de significación. Una relativización de la

¹⁵ F. NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, p. 29.

¹⁶ *Ibid.* p. 24.

¹⁷ *Ibid.* p. 21.

¹⁸ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos I*, 19 [43], ed. de Diego Sánchez Meca, trad. de Luis Enrique de Santiago Guervós, Madrid, Tecnos, 2010, p. 355.

ontología de la realidad que conserva un nexo íntimo con el fenómeno del nihilismo europeo, pues ¿es acaso posible la pregunta por la verdad una vez se ha reconocido la existencia de tantas concepciones de verdad como mundos –lenguajes– haya? Esta potencial pluralidad de dimensiones de la realidad introduce un devenir inaprensible por las reglas de la gramática, la cual, por el contrario, imprime una fijeza y regularidad propias de la rigidez de la lógica: los conceptos¹⁹. Dada la condición científicista de la modernidad, Nietzsche percibe un lazo irrompible entre la gramática moderna y su ciencia:

La ciencia trabaja incontinentemente en ese gran *columbarium* de los conceptos [...], se esfuerza en llenar ese colosal andamiaje que desmesuradamente ha apilado y en ordenar dentro de él todo el mundo empírico, es decir, el mundo antropomórfico²⁰.

Por tanto la crítica de la ontología científicista moderna y de sus corolarios arrastra consigo el derrumbe de la esencialidad de la comunión del lenguaje y el mundo que había sido concretada en la verdad. Las verdades son ilusiones, luego el lenguaje ya no expresa el pensamiento más puro y cristalino.

La noción de verdad pensada por Nietzsche no es genuinamente epistemológica, sino que es inscrita dentro de los márgenes de la voluntad de poder. «Nietzsche no se propone –afirma Sánchez Meca– disolver ningún error ni alcanzar una verdad más fundamental. Lo único que trata es de colaborar activamente a la consumación del nihilismo»²¹. La verdad tiene, pues, un trasfondo más moral que gnoseológico: «El hombre exige la verdad»²², aunque «la produce en las relaciones morales con los hombres»²³. Interrogándose por el valor de la voluntad de verdad y sus condiciones de generación, el autor reivindica la autoridad de la voluntad de poder. Y descansando sobre la sentencia del *Zaratustra* de que «en todos los lugares donde encontré seres vivos encontré voluntad de poder»²⁴, puede defender que no existe una verdad ontológica y, sin ella, tampoco la caracterización de verdad como adecuación. En consecuencia, habrá tantos conceptos de verdad como voluntades de poder.

¹⁹ Cfr. F. NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, pp. 26-27: «El gran edificio de los conceptos ostenta la rígida regularidad de un *columbarium* romano e insufla en la lógica el rigor y la frialdad peculiares de la matemática».

²⁰ *Ibid.* p. 33.

²¹ D. SÁNCHEZ MECA, *En torno al superhombre*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 129.

²² F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos I*, 19 [97], p. 367.

²³ *Ibid.*

²⁴ F. NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 176.

En el relato donde narra la conversión del «mundo verdadero» en una fábula, recogido en *Crepúsculo de los ídolos*²⁵, Nietzsche presenta el proceso de ocaso del ser de la metafísica como contenedor de significado. En su lugar arroja como alternativa la vía de la voluntad de poder, en oposición al «egipticismo» de la tradición filosófica, para la cual «lo que es no *deviene*; lo que deviene no *es...*»²⁶. La voluntad de poder le permite romper la momificación de los conceptos de la filosofía e introducir un posicionamiento perspectivista: «Luchar por *una verdad* y luchar por LA verdad son cosas completamente distintas»²⁷. Contra Heidegger, no es propio del ser el ocultarse, sino que acontece en el ejercicio de la voluntad de poder. El ser es una interpretación: «¿Qué puede ser únicamente el *conocimiento*? –‘interpretación’, no ‘explicación’»²⁸.

La vida como preocupación última fue una constante durante toda la trayectoria nietzscheana, y a tal cuestión apunta la configuración de la verdad en caracteres morales. La estimación de la verdad como dispositivo de afirmación de la vida no pasa tan sólo por una revisión de los cánones de la metafísica que ha duplicado mundos; no basta con permutar las posiciones de los mundos verdadero y aparente. Se ha de extirpar dicha disposición del pensamiento, que ha inducido a la desvalorización del mundo percibido en beneficio del intelectualivo. Es precisamente la cuestión del valor el eje en torno al cual orbita la estrategia nietzscheana. La capacidad de valorar y juzgar, condición a su vez de humanidad, se antoja clave para la recuperación del sentido del mundo y de la vida, pues desde ella se pone fin a la valoración peyorativa que sobre ellos había impuesto la metafísica. Pero el derrumbe del paradigma metafísico no significa tampoco la revalorización de la apariencia en detrimento de una verdad intelectualiva denostada, sino la absoluta desaparición de la conciencia de dualidad: «¡al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente!»²⁹.

Nietzsche enfrenta, no sin dificultades, el concepto de verdad, proponiéndose la empresa de su reformulación. Para ello, se sitúa frontalmente contra la gramática bivalente de la verdad y la falsedad típicas del logicismo moderno. El filósofo alemán repudia la enajenación de la vida que se perpetra en la noción de adecuación, en cuyos conceptos se le ha atribuido a la verdad una incólume fijeza que aplaca el devenir que subyace a la vida. En la aproximación lingüística de Nietzsche la falsedad se ha tornado fuerza motriz del proceso de creación de la vida. La mentira pierde su valorización peyorativa y

²⁵ Cfr. F. NIETZSCHE, *Crepúsculo de los ídolos*, trad. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2010, pp. 57-58.

²⁶ *Ibid.* p. 51.

²⁷ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos I*, 19 [106], p. 369.

²⁸ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos IV*, 2 [86], ed. de Diego Sánchez Meca, trad. de Juan Luis Vermal y Joan B. Llinares, Madrid, Tecnos, 2008, p. 102.

²⁹ F. NIETZSCHE, *Crepúsculo de los ídolos*, p. 58.

se convierte, en tanto despliegue de la falsedad, en condición de vida, ya que se dispone conforme al devenir del mundo. El poder de la mentira responde a la inversión filosófica que impone Nietzsche en el lenguaje, persiguiendo ser «una filosofía de la vida del lenguaje en su uso tradicional, a través de la cual se abre una nueva forma filosófica de pensar»³⁰.

El rechazo del anhelo de verdad no es sólo la exigencia de una figura marginal del vasto cosmos filosófico. La desfiguración de los sacrosantos criterios modernos de certeza dentro del cáustico proceso consumado en la experiencia del nihilismo decimonónico hizo convenir a sus protagonistas en la necesidad de un nuevo núcleo para la verdad, donde la existencia del hombre pesase más que la condición epistemológica. Así todo, la verdad se introduce tanto en el horizonte de finitud humana como en el devenir de la vida, emancipado de todo concepto momificado y momificable. Dichos marcos de circunscripción condicionan la posible aproximación a la verdad, que se mueve ahora en un margen de indeterminación que impide su absoluta concreción. La pérdida de una verdad lingüística ontológica no va en menoscabo, no obstante, de la fuerza ontológica del lenguaje, sino que abre una ontología donde el lenguaje y la vida se integran en el universo en devenir del «animal fantástico»³¹ que es el hombre. Este umbral de incertidumbre que afecta a la verdad, y transitivamente a la mentira, no hace sino enfatizar la cualidad metafórica del lenguaje. Así puede Nietzsche aceptar que

La falsedad de un concepto no es para mí todavía ninguna *objeción* contra él. En eso nuestro lenguaje suena quizá de un modo muy extraño: la cuestión es hasta qué punto es favorecedor de la vida, conservador de la vida, conservador de la especie. Yo creo fundamentalmente incluso que *las suposiciones más falsas son para nosotros las más imprescindibles*, que sin aceptar la ficción lógica, sin medir la realidad con el mundo inventado de lo incondicionado, de lo igual a sí mismo, el hombre no puede vivir y que negar esta ficción, una renuncia práctica a ella, significaría tanto como una negación de la vida³².

Las expectativas ontológicas de la filosofía del lenguaje de Nietzsche están sujetas a la reivindicación del valor. Al haber sido despojada de contenido, ora la verdad ora la mentira es genuinamente transparente, no oculta ni guarda significados subrepticios. Sólo con su sometimiento a la voluntad de poder, que la integra en la dinámica de su vida, adquiere tintes de sentido, convirtiéndose en una mentira hermenéutica. De este modo Nietzsche se zafa de las posibles denuncias de un relativismo inoperante: «liberado de la tiranía

³⁰ J. CONILL, *El poder de la mentira*, p. 16.

³¹ Cfr. J. CONILL, *El enigma del animal fantástico*, Madrid, Tecnos, 1991.

³² F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos III*, 35 [37], ed. de Diego Sánchez Meca, trad. de Diego Sánchez Meca y Jesús Conill, Madrid, Tecnos, 2010, p. 781.

de los conceptos 'eternos', estoy lejos, por otra parte, de precipitarme por eso en el abismo de una arbitrariedad escéptica: más bien, invito a considerar los conceptos como ensayos, con cuya ayuda determinadas especies de hombre se crían»³³.

La denuncia de la verdad de la metafísica es el clamor contra la verdad como adecuación. Si bien la empresa nietzscheana lo llevará a recorrer toda la historia del pensamiento occidental, con especial incidencia en la piedra angular platónica, no es menos cierto que se afana en destacar los ecos modernos de la misma, los cuales se remiten a la obra de Descartes. De modo que su denuncia del lenguaje se concreta en una crítica de la racionalidad cartesiana: «la determinación y transparencia lógica como criterio de la verdad (*'omne illud verum est, quod clare et distincte percipitur'* Descartes): de este modo resulta plausible y creíble la hipótesis mecánica del mundo»³⁴.

La transparencia lógica como criterio de la verdad hunde sus raíces sobre el fondo innatista de la filosofía cartesiana. Y allí donde el francés entendió haber hallado un precepto gnoseológico infalible Nietzsche no ve otra cosa que una fábula, una de las tantas mentiras que el hombre esgrime para poder conferirle sentido a una porción de realidad. Mientras en la metafísica de Descartes no ha lugar a dudas relativas a la existencia del ser pensante, Nietzsche señala que los descubrimientos racionalistas son más una fe en la gramática del *ergo*³⁵ que una revelación cognoscitiva. Las preguntas del *corpus* teórico cartesiano –«¿pienso?», «¿existo?»–, sigue Nietzsche, están previamente garantizadas, son autos de fe, pues habían quedado resguardadas por la entregada abnegada a la gramática del *cogito*. Luego «antes de la pregunta por el 'ser' tendría que estar decidida la cuestión del valor de la lógica»³⁶. La creencia incondicional en el *cogito* es tan sólo eso, una creencia axiomática que legitima las exigencias gramaticales de su planteamiento:

«Se piensa: por consiguiente hay un ser pensante»: en esto desemboca la *argumentatio* de Descartes. Pero esto significa poner ya como «verdad a priori» nuestra creencia en el concepto de substancia: –que si se piensa tiene que haber algo «que piensa» es sin embargo simplemente una formulación de nuestro hábito gramatical que para una acción pone un agente. En suma, aquí se está haciendo ya un postulado lógico-metafísico –y *no simplemente*

³³ *Ibid.* 35 [36].

³⁴ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos IV*, 9 [91], p. 261.

³⁵ *Cfr.* F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos III*, 40 [23], p. 851: «[...] habría que saber de antemano qué sea 'ser', para extraer del *cogito* un *sum*, así como habría que saber también qué sea *saber*: se parte de la fe en la lógica –¡ante todo, en el *ergo!*».

³⁶ *Ibid.*

constatando... Por la vía de Descartes *no* se llega a algo absolutamente cierto sino sólo al hecho de una creencia muy fuerte³⁷.

El esquema cartesiano recoge ejemplarmente la disposición lingüística moderna de la verdad, donde ésta es verbalizada a través de los cauces ofrecidos por la gramática de la época. En ningún momento del proceso deductivo del *cogito* se cuestiona la realidad del pensamiento, constituyendo en realidad una tautología logicista. Toda vez que la ontología del sistema racionalista reviste el contenido mental de existencia puede Nietzsche concluir que «lo que Descartes *quería* es que el pensamiento no tenga sólo una *realidad aparente* sino una realidad *en sí*»³⁸.

En esta ontología mentalista se guarda una relación de identidad entre el lenguaje y la realidad cristalizada en la noción de verdad. Por ello se le antoja imprescindible a Nietzsche una crítica del lenguaje como crítica de la verdad. Sostiene frente al legado racionalista que con la gramática no se accede a la verdad, pues lo propio del lenguaje es la distorsión y el engaño: la mentira es el motor significativo del lenguaje, ya que en ella se concreta la actitud metafórica arreglo la cual el hombre consigue dar valor.

III. LENGUAJE Y METAFÍSICA

Las normas lingüísticas del paradigma moderno tenían una fuerza más restrictiva que creadora. Los criterios gramaticales de la lógica mentalista de los herederos del *cogito* redujeron a la nada la dimensión simbólica de las palabras. La metafísica de cuño psicologista construyó una suerte de trampa en la estructura normativa de la lógica: la gramática encerraba el *lógos*: «el filósofo atrapado en las redes del *lenguaje*»³⁹.

El problema de la impronta carcelaria de la gramática rebasa, no obstante, las demarcaciones de la época moderna en el análisis nietzscheano. La configuración del lenguaje metafísico no ha variado su estructura desde su origen, en la filosofía platónica, de modo que las manifestaciones del *lógos* han sido las mismas en todas las épocas. Así se siente Nietzsche impelido a llevar a cabo un estudio, como parte de su investigación genealógica de la verdad, de la gramática, revelándosele conclusivamente una esforzada estrategia para mantener inmóvil el propio decurso –valga el juego retórico– de la historia: una metafísica lingüística que actuó como vehículo de la metafísica del ser y confirió a la realidad una falsa apariencia de consistencia y fijeza. A la vista de las estratagemas gramaticales de la metafísica que trataron de tornar la

³⁷ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos IV*, 10 [158], p. 350.

³⁸ *Ibid.* p. 351.

³⁹ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos I*, 19 [135], p. 375.

realidad impermeable a todo cambio, Nietzsche se pregunta si «¿es el lenguaje la expresión adecuada de todas las realidades?»⁴⁰.

El suelo nutricio de la sintaxis metafísica son aquellos conceptos que han sido colmados de un contenido trascendental que ha terminado induciendo la creencia irracional en el ser que guardan. Verdades analíticas, conceptos a priori, ideas innatas o verdades de razón, términos todos ellos legados en la tradición y aceptados sistemáticamente y que han alimentado las ínfulas de la filosofía dogmática. Los pensadores dogmáticos esgrimen la analiticidad de sus términos clave para legitimar sus proposiciones ontológicas, de cualquier otro modo injustificables. Tal es la coyuntura del *cogito*, donde Nietzsche observa el caso paradigmático de los dejes metafísicos de la ontologización por medio de la gramática. La evidencia del sujeto pensante que anhela alcanzar Descartes guarda más el celo por convertir una mera creencia en una verdad metafísica que una pulcra tarea deductiva: «La fe en la certeza inmediata del pensamiento es una fe más, ¡y no una certeza!»⁴¹. En la lógica de la gramática racionalista está ya el compromiso ontológico del ser, en el maridaje irracional de la lógica y la metafísica del ser. Entiende Nietzsche que sólo habría que renunciar al hábito sintáctico de la lógica y el ser para salir de la red de los falaces conceptos innatos contruidos sobre las epistemologías del dualismo sujeto-objeto. Y es que para un pensamiento incondicionado «no hay certezas inmediatas: *cogito, ergo sum* presupone que se sabe qué es ‘pensar’ y, en segundo lugar, qué es ‘ser’»⁴². El rechazo de la analiticidad conceptual responde a exigencias antropológicas, ya que sólo la vida encarnada del individuo puede legitimarlos y cargarlos de significado, «porque una sola cosa es necesaria: que el hombre alcance a estar conforme consigo»⁴³.

La gramática de la metafísica ha ignorado la tarea creativa del hombre y lo ha encerrado en un espectro de posibilidad único y dogmático ajeno al devenir. Para dejar atrás el lenguaje de la tradición y sus códigos sintácticos se ha de recuperar la dimensión artística que comporta el proceso eterno de construcción y renovación del proyecto humano. El filósofo del futuro, sigue Nietzsche, habrá de reabrir el ser e integrarlo en un horizonte de múltiples posibilidades. Con todo, no se persigue renunciar a la gramática, sino arrebatárle la infundada esencia sagrada que le ha procurado extrañarla del tiempo:

Por su génesis, el lenguaje pertenece a la época de la forma más rudimentaria de psicología: penetramos en un fetichismo grosero cuando cobramos consciencia de los presupuestos básicos de la metafísica del lenguaje, dicho

⁴⁰ F. NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, p. 21.

⁴¹ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos III*, 40 [25], p. 852.

⁴² *Ibid.* 40 [24], p. 852.

⁴³ F. NIETZSCHE, *La gaya ciencia*, § 290, trad. de Juan Luis Verma, en *Obras completas. Volumen III. Obras de madurez I*, ed. de Diego Sánchez Meca, Madrid, Tecnos, 2014, p. 835.

con claridad: de la razón. Ese *fetichismo* ve en todas partes agentes y acciones: cree que la voluntad es la causa en general; cree en el «yo», cree que el yo es un ser, que el yo es una substancia, y *proyecta* sobre todas las cosas la ciencia en la substancia –yo– así es como crea el concepto «cosa»... El ser es añadido con el pensamiento, es *introducido subrepticamente* en todas partes como causa; del concepto «yo» es del que se sigue, como derivado, el concepto «ser»... Al comienzo está ese error grande y funesto de que la voluntad es algo que *causa efectos*, –de que la voluntad es una *facultad*... Hoy sabemos que no es más que una palabra... Mucho más tarde, en un mundo mil veces más ilustrado, llegó a la consciencia de los filósofos, para su sorpresa, la *seguridad*, la *certeza* subjetiva en el manejo de las categorías de la razón: ellos sacaron la conclusión de que esas categorías no podrían proceder de la empiria, –la empiria entera, decían, está, en efecto, en contradicción con ellas. *¿De dónde proceden, pues?*– Y tanto en India como en Grecia se cometió el mismo error: «nosotros tenemos que haber habitado ya alguna vez en un mundo más alto (–en lugar de en un mundo mucho más bajo: ¡lo cual habría sido la verdad!), nosotros tenemos que haber sido divinos, ¡pues poseemos la razón!». De hecho, hasta ahora nada ha tenido una fuerza persuasiva más ingenua que el error acerca del ser⁴⁴.

Nietzsche pretende una reapropiación del presente; invierte el sentido tradicional de la flecha y somete el lenguaje al tiempo, a la historia. Esto le permite afirmar la artificialidad de las prescripciones gramaticales: estructuras imaginadas, correlatos falsos que no pueden pretender acceder a la idealidad del ser. La realidad es inaccesible al haberse perdido la racionalidad subyacente de la metafísica bimilenaria, por lo que se antoja imprescindible la configuración de un nuevo lenguaje cuyas formas logren imprimir una nueva matriz de racionalidad de cuño artificial que satisfaga las expectativas de vida del hombre histórico. En definitiva, una gramática del nihilismo que pueda proyectar sentido.

IV. LENGUAJE, VIDA Y VOLUNTAD DE PODER

La íntima vinculación del lenguaje y el pensamiento –verdad como adecuación– hizo de la crítica del lenguaje un hito fundamental del estudio de Nietzsche de la decadencia y ocaso de la tradición metafísica de Occidente. En la deconstrucción del concepto de verdad se aprecia el propósito existencial que coloniza el horizonte del pensador alemán: el acceso humano al mundo acontece por el lenguaje. Se presenta una solidaria unidad indisoluble por la cual es imposible concebir al uno al margen del otro. Y en el despliegue de esta identidad la capacidad fabuladora del lenguaje se integra significativamente en las creaciones del hombre, generándose en esta pluralidad el mundo

⁴⁴ F. NIETZSCHE, *Crepúsculo de los ídolos*, pp. 54-55.

humano. De acuerdo con Sánchez Meca, «Nietzsche define la vida como una forma duradera de múltiples procesos de tomas de posición de fuerzas en la que lo esencial es el poder de crear formas, es decir, de interpretar, de estimar, de evaluar sin más finalidad ni meta que la de conservar y acrecentar de ese modo su fuerza»⁴⁵.

El lenguaje adquiere tintes más prácticos que teóricos, conformando el sustrato sobre el cual hunde sus raíces la vida. El lenguaje deviene actividad artística, imbuyendo de sentido al mundo, y no a la inversa. Exonerado de la fe metafísica en la adecuación las palabras carecen de cualquier significación; se antojan invenciones cuya procedencia parte de la fuerza del hombre y de sus esfuerzos por sobrevivir. Por lo que en el lenguaje se cristaliza la vida, esto es, la apropiación del mundo a través de la sanción metafórica que valora una realidad aséptica.

El lenguaje entonces recoge las dos dimensiones que afectan esencialmente al ser humano, la artística y la práctica: la unidad integrada por la dupla del hombre y el lenguaje crea sus propias condiciones de supervivencia. En esa convergencia que garantiza la vida reside la verdad, que se concreta en conceptos perecederos sujetos a las exigencias del devenir. La gramática nietzscheana toma los conceptos como mentiras que emanan de la proyección artística de un hombre inserto en el horizonte de las condiciones de su propia supervivencia. Por su cualidad mentirosa las verdades son ilusiones. Ilusiones cuyo rasgo falaz ha caído en el olvido a causa de la soberanía de la metafísica platónica sobre el horizonte europeo. «Nietzsche –concreta Vattimo sobre la reflexión lingüística del alemán– trata de encontrar, ni más ni menos, una alternativa a la metafísica, que en todas sus formas [...] produce así esa depresión de la vida en que consiste la decadencia vinculada con el racionalismo socrático (platónico)-cristiano»⁴⁶.

Como consecuencia de haber hecho del lenguaje una praxis de existencia resulta difícil resolver la contraposición de la verdad y la mentira. En el paradigma significativo nietzscheano la verdad es mentira y la mentira, verdad, ya que cuanto tiene lugar acontece por la condición artística humana, luego es una fabulación, un engaño. Al no poder acogernos al amparo de un sustrato último, o sea, metafísicamente verdadero del mundo no hay más criterio de determinación de la verdad que la atribución de valor favorable para aquellas condiciones que procuren la vida humana:

El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, puesto que éste es el medio merced al cual sobreviven los individuos débiles y poco robustos, como aquellos a quienes

⁴⁵ D. SÁNCHEZ MECA, *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*, Madrid, Tecnos, 2009, p. 150.

⁴⁶ G. VATTIMO, *Introducción a Nietzsche*, trad. de Jorge Binaghi, Barcelona, RBA Libros, 2012, p. 37.

les ha sido negado servirse, en la lucha por la existencia, de cuernos, o de la afilada dentadura del animal de rapiña. En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir; aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude, la murmuración, la farsa, el vivir del brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor, la escenificación ante los demás y ante uno mismo, en una palabra, el revoloteo incesante alrededor de la llama de la vanidad es hasta tal punto regla y ley, que apenas hay nada tan inconcebible como el hecho de que haya podido surgir entre los hombres una inclinación sincera y pura hacia la verdad⁴⁷.

Nietzsche ha podido trazar las condiciones de paso desde el lenguaje a la verdad una vez subsume el contenido de ésta bajo las necesidades lingüísticas que procuran las garantías para la vida. Una estrategia con la que ha invertido el modo filosófico occidental al hacer preceder la existencia del ser humano sobre la verdad, la cual queda dispuesta activamente conformando un horizonte de condiciones de posibilidad del hombre dentro de sus propias capacidades artísticas. Nietzsche, pues, afirma una ontología del mundo absolutamente humana:

no cabe duda de que con ello se ha traído a la luz una nueva verdad, pero es de valor limitado; quiero decir; es antropomórfica de cabo a rabo y no contiene un solo punto que sea ‘verdadero en sí’, real y universal, prescindiendo de los hombres. El que busca tales verdades en el fondo solamente busca la metamorfosis del mundo en los hombres; aspira a una comprensión del mundo en tanto que cosa humanizada⁴⁸.

Así todo, de la vinculación entre la verdad y su capacidad productiva de efectos humanos⁴⁹ –acciones, significados, valores– se concluye que «la vida necesita creer en la verdad, pero es suficiente luego la ilusión»⁵⁰. La verdad es, pues, una cuestión pragmática cuyo fondo se identifica con la vida. De manera que, como ya habíamos advertido líneas atrás, «luchar por una verdad y luchar por LA verdad son cosas completamente distintas»⁵¹. Ante la inexistencia de una verdad última como fuente de significación, «la proyección perspectivista del mundo tiene su origen en la imaginación poética»⁵² fruto de la voluntad de poder. La inclusión de la voluntad de poder

⁴⁷ F. NIETZSCHE, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, pp. 18-19.

⁴⁸ *Ibid.* p. 28.

⁴⁹ Cfr. F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos I*, 19 [43], p. 355: «las “verdades” se demuestran mediante sus efectos, no mediante demostraciones lógicas».

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.* 19 [106], p. 369.

⁵² J. CONILL, *El enigma del animal fantástico*, p. 210.

es siempre una cuestión difícil al desarrollarse de tantos modos y maneras como hombres concretos:

Dentro de la especie humana se dan perspectivas e interpretaciones antagónicas, tales como las del esclavo y del señor, las del dionisismo y las del cristianismo, etc. Tales perspectivas diferentes son modos de percepción distintos que determinan diferentes formas de vida, lo cual demuestra que en el ámbito de los seres vivos se da una jerarquía de perspectivas que se diferencian unas de otras según el grado de poder y de dominio⁵³.

De suerte que la formación del horizonte hermenéutico de significados y sentidos debe quedar en manos de individualidades excepcionales que no enajenan su voluntad en el túmulo de la mayoría, los «artistas».

La historia del mundo es la de un relato sometido a los avatares de distintas fuerzas externas que trazan un discurso teórico en el que se entrecruzan perspectivas varias que confeccionan un horizonte de sentido coyunturalmente condicionado por el sino de las exigencias epocales del que, sin embargo, no cabe esperar una objetividad última e imperecedera. La atribución de significado de los sucesivos horizontes de presente está en manos de los artistas, depuesta en la fuerza simbólica emanada de su voluntad de poder. Precisamente desde la voluntad de poder se trazan los límites que cada época tiene de la vida, así como sus respectivas necesidades. Luego vida y voluntad de poder se integran en una unidad de destino consumada una vez se verbaliza.

Los rasgos contingentes de los contenidos lingüísticos anulan toda tentativa por darles un significado último. La verdad metafísica se diluye entre ilusiones, ficciones e interpretaciones. La gramática de la mentira de la voluntad de poder no intenta acceder a la verdad; más aún, ha prescindido de ella. Lejos de buscar penetrar en la intimidad fundamental del mundo, todo el esfuerzo del lenguaje gira alrededor de la labor creadora de la voluntad de poder.

La gramática nietzscheana recupera el fundamento metafórico del ser humano, olvidado por la tradición metafísica de la verdad. Con su crítica del lenguaje pretende procurar la vuelta al origen ficticio del hombre donde la fuerza existencial de la voluntad de poder se había impuesto en detrimento de las aspiraciones del anhelo de verdad. El trasfondo humano que procura sentido a los conceptos fundamentales convierte la confirmación lingüística del mundo en la afirmación misma de la vida.

La faceta simbólica del lenguaje y del hombre determina las categorías de cada era concreta. De tal modo que «un hecho, una obra tiene algo *nuevo* que decir a cada época y a cada especie nueva de hombre. La historia dice siempre

⁵³ L. E. de SANTIAGO GUERVÓS, *Arte y poder*, Madrid, Trotta, 2004, p. 437.

verdades nuevas»⁵⁴. La dependencia histórica del lenguaje se avecina tras la experiencia de la muerte de Dios. En «Dios» se manifestaba la promesa de inmortalidad y permanencia intemporal, el «egipticismo» de los conceptos, momificaciones en las que se esencializaba la gramática del ser⁵⁵. Al *lógos* metafísico le corresponde un hombre y un ideal de conocimiento tales, momificados. Mientras que la palabra del nihilismo, que se entrega al símbolo y la mentira, acepta incondicionalmente el devenir como constante existencial: «vosotros no debéis –sentencia Nietzsche– refugiaros en una metafísica, sino que ¡debéis sacrificaros activamente a la *cultura en devenir!*»⁵⁶. Un sacrificio necesario, ya que en la afirmación de la vida se asume indefectiblemente la muerte; el frenesí del devenir acoge tanto la generación como la destrucción, «por eso soy severo frente al idealismo soñador»⁵⁷.

El ciclo de generación y corrupción que la gramática del devenir impone al mundo contra la fijeza de los conceptos metafísicos se postula como una de las claves básicas para recuperar la propia existencia, enajenada en ídolos externos que en los lascivos tiempos del nihilismo no han soportado los martillazos. La afirmación de la vida, pues, llega desde una primera transformación que se juega en el nivel de las estructuras sintácticas de la existencia: «dominar –y no ser más esclavo de un dios– éste es un medio que nos queda para ennoblecere al hombre»⁵⁸.

Los nuevos tiempos del nihilismo exigen una renovación del espíritu europeo capaz de asumir la envergadura de cuanto ha de llegar. El desmembramiento del ser y la pérdida de la racionalidad del mundo procurada por el *lógos* metafísico de las «tablas viejas» se enajena en favor del «hacer»: ante la falta de sentido, el hombre artista debe crearlo por sí mismo. Ha de consumarse la muerte de Dios, piedra angular que soportaba la confluencia de la unidad y la inmutabilidad de la metafísica del ser: «la “razón” en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora!»⁵⁹. La muerte de Dios es, a todas luces, una cuestión más metafísica que teológica.

⁵⁴ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos III*, 16 [78], p. 360.

⁵⁵ Cfr. F. NIETZSCHE, *Crepúsculo de los ídolos*, p. 51: «¿Me pregunta usted qué cosas son idiosincrasia en los filósofos?... Por ejemplo, su falta de sentido histórico, su odio a la noción misma de devenir, su egipticismo. Los filósofos creen otorgar un *honor* a una cosa cuando la deshistorizan, *sub specie aeterni* [desde la perspectiva de lo eterno], – cuando hacen de ella una momia. Todo lo que los filósofos han venido manejando desde hace milenios fueron momias conceptuales; de sus manos no salió vivo nada real. Matan, rellenan de paja, esos señores idólatras de los conceptos, cuando adoran, –se vuelven mortalmente peligrosos para todo, cuando adoran. La muerte, el cambio, la vejez, así como la procreación y el crecimiento son para ellos objeciones, – incluso refutaciones. Lo que es no deviene; lo que *deviene* no es... Ahora bien, todos ellos creen, incluso con desesperación, en lo que es».

⁵⁶ F. NIETZSCHE, *Fragmentos Póstumos I*, 19 [154], p. 378.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ F. NIETZSCHE, *Fragmentos póstumos III*, 22 [7], p. 434.

⁵⁹ F. NIETZSCHE, *Crepúsculo de los ídolos*, p. 55.